

Poesía, llega,  
hasta mí,  
cual luz  
en todo puesta.  
De mi cuerpo,  
tu sustancia  
haz, la merecida  
claridad  
de los que sufro.

Hasta ellos baje  
tu resplandor  
y el doloroso  
encaje  
que ante mis ojos  
tiendes.  
¿Es que no eres  
la luz?  
Siempre pudo  
el misterioso rayo  
purificar, él sólo,  
nuestro gesto.  
No sea hoy  
que nos faltes.  
El angustioso  
árbol  
frente a nosotros  
su linaje henchido  
como un sol,  
humildemente deja  
toquemos  
en su faz  
toda la sombra.  
Así ha sido  
por siempre  
nuestro encuentro.  
A las más tenues  
mordeduras presto.  
La gracia de lo humilde  
en cada señal.  
Hecho una vez,  
¿o siempre?,

de esa sorpresa.  
El tramado misterio  
de las cosa sencillas,  
poniendo en mis palabras  
aquel eco entrañable,  
sutil,  
hondo hasta la verdad,  
de la pobreza.  
Nada, fuera de esto  
pido, madre,  
a Dios,  
o a quien  
desde la eternidad,  
la cegadora intemperie  
darme quiso.  
Cual luz en todo puesta  
llega hasta mí, poesía.  
No me faltes.

(N. del E.) Este poema pertenece al libro La casa como un árbol (Ediciones Sed de Belleza, Santa Clara, 1995).

[Alpidio Alonso](#)